

Good Vibrations

Escucho la voz Brian Wilson, el ritmo inicial de los platillos con el teheremin de fondo y no lo puedo creer ¡son increíbles! Creo que si Natalia pintara escuchando a los Beach Boys, sus cuadros serían otros o su geometría estaría llena de accidentes. No sé qué música suena mientras Natalia trabaja, pero sus pinturas son como piezas musicales que bailan. La forma y el color se entretajan y vibran rítmicamente como acordes armoniosos y a la vez escurridizos, como esas notas musicales difíciles de entonar. Pararse frente a las pinturas de Cacchiarelli es como apretar *play* y dejarse llevar por el swing de una geometría cuyo efecto óptico atrapa a la vista y vuelve al cuadro irresistible.

Las pinturas de la serie *Vértigo*, que actualmente se presentan, son una sucesión de cuadrados concéntricos en degrade, que de una manera tramposa para el ojo, forman pirámides abriendo el paso a la tridimensionalidad. Como vistas desde una perspectiva aérea, el vértice de cada pirámide es el centro de energía desde el cual nacen los cuadrados. Aquí la variación tonal y la distancia precisa entre las líneas generan una vibración musical. En cada pintura el punto de convergencia ordena la mirada a diferencia de lo que ocurre en obras de series anteriores como *Secuencia* (2006-2007) y *Converse* (2008-2009) con sus tramas de líneas paralelas sin puntos específicos para fijar la atención.

Si la abstracción geométrica es uno de los lenguajes privilegiados de la modernidad, y en la postmodernidad se revitaliza bajo nuevas formas y discursos, en las últimas décadas este lenguaje se expande como hiedra a la arquitectura para alterar las características y la percepción espacial. Un conjunto de bandas que viran del blanco al negro se integra a una de las paredes de la galería y funciona como descanso, como el tema lento del disco. Como una coda, estas piezas están acompañadas de una instalación de pinturas donde la figura de un triángulo se repite dentro de un sistema de encastrado en un juego arbitrario de colores.

Cacchiarelli, como muchos artistas de su generación en Sudamérica, convive con la pesada carga de la herencia de la vanguardia constructiva de los años 40' y del *Op Art* desarrollados con gran fuerza en esta parte del mapa. Pero nuestra artista, no sigue un programa político como los constructivistas, ni las investigaciones matemáticas derivadas de la pintura óptica. La abstracción geométrica tiene un origen casi casual en su carrera.

En la época que en Buenos Aires nos comunicábamos a través de un precario sistema de cableado de la compañía pública de comunicaciones, la joven Cacchiarelli, mucho antes de tomar la decisión de ser artista, mientras mantenía larguísimas charlas por teléfono, hojeaba hasta gastar sus puntas, un catálogo de Constructivismo ruso que estaba siempre al lado del teléfono. El desafío que hoy tienen muchos artistas abocados a la abstracción en cualquiera de sus versiones (geométrica o lírica) y que Natalia sorteaba con éxito, es que su pintura no se encasille en ningún género y que el espectador, novato o especializado, se concentre en la particularidad de la obra.

Con una técnica metódica y con el uso de instrumentos que la pintora inventa, como escuadras gigantes que en realidad no son escuadras y tampoco tan gigantes, la pintura de Cacchiarelli con el paso del tiempo se vuelve cada vez más refinada y sintética. Cada una de sus series funciona como un programa para resolver distintos problemas formales. Una excusa caprichosa para pintar. Para bailar. Para escuchar a los Beach Boys.

Lara Marmor
Buenos Aires, marzo 2014